



Jornades: El femení com a mirall de l'escola

Interrogar la pràctica

¿En qué espejo se mira la escuela? ¿Qué vemos de lo femenino en la imagen que se refleja? ¿Qué sentido tiene nuestra presencia como mujeres en educación? ¿Cuál es el valor simbólico y social de nuestra experiencia como mujeres docentes? Alrededor de estos interrogantes se realizaron en Barcelona las Jornadas *El femení com a mirall de l'escola*, los días 24 y 25 de octubre de 1997, organizadas por el Instituto Municipal de Educación del Ayuntamiento de esta ciudad.

El contenido se articuló a través de una conferencia inaugural a cargo de Marina Subirats; tres mesas de ponencias: «Pensar desde la Complejidad» en la que intervinieron, Madeleine Arnot, Dolores Juliano y Montse Moreno, «Saber y Realidades» en la que expusieron sus experiencias Nuria Solsona, Bea Porqueras e Ita Albat y «La autoridad femenina en educación» con Nuria Pérez de Lara y Milagros Rivera, coordinadas respectivamente por Asunción López, Amparo Tomé y Remei Arnau; y finalmente la intervención de Anna Maria Piussi en la clausura y el cierre del Drac Mágic con un audiovisual.

Salir del malestar

En ocasiones vemos el espejo borroso. ¿Qué obstáculos impiden

una visión clara de nuestra actividad docente? Desde diferentes perspectivas una constante en las intervenciones fue poner de relieve el desorden simbólico que genera en muchas docentes su incorporación al mundo académico cuyos referentes masculinos están presentes tanto en los aspectos conceptuales como experienciales. La mirada androcéntrica oculta y desvirtúa nuestra imagen. Para las niñas y las mujeres el acceso a la cultura y la educación significa, en parte, entrar en un orden simbólico y social masculino en el que no está previsto actuar desde la totalidad de su experiencia, ya que en ese orden simbólico el sujeto creador de conocimiento y de verdad sólo es masculino. De esta forma se produce una fractura entre la experiencia y la profesión. Aparece un sinsentido, algo que no se puede nombrar, pero que se vive con inquietud y provoca síntomas de malestar. ¿Nos medimos todavía, de forma inconsciente, con estos referentes? ¿Es esto lo que impide que se vea nítida nuestra imagen en el espejo?

Nuevas voces...

Pero algo se escapa del orden patriarcal y es algo que está en nuestro interior y en el interior mismo de la escuela. Empezamos a vislumbrar que el lugar y el sentido de nuestra experiencia está en nosotras mismas más allá de síntomas de malestar.

«El malestar, latente o manifiesto, ante la realidad del sistema educativo es evidente. La presencia femenina en educación, bien sea valorada como destino o bien como marginalidad, es un hecho, pero hay que distanciarse de estas interpretaciones, y -como dice Anna María Piussi (1996)- aunque sea reconociendo la realidad objetiva, producir un salto simbólico que consiste en mirar hacia nosotras como mujeres en el seno de la profesión, no como un dato irrelevante o accidental o como una inferioridad que se precisa resarcir mediante un modelado neutro del trabajo de educadoras, sino como una fuente de medida propia, de un comportamiento autónomo y original».

En este momento del recorrido, las preguntas cambian: ya no nos interrogamos por el sentido de nuestra presencia; sabemos que nuestra experiencia como docentes tiene un sentido. Es el camino de búsqueda de cada una de nosotras más allá de lo dado, de lo evidente, del reflejo androcéntrico. Es una nueva mirada que nos devuelve una imagen más nítida de la escuela y que cristaliza en nuevas voces: ¿Cómo son estas imágenes que se dibujan? ¿Qué significado simbólico y social tienen?

Nuevos horizontes de significado

Uno de los eslabones que unió a las asistentes fue el deseo de hablar en positivo de la escuela, analizando desde cerca, desde nuestro propio interior, todos los elementos aportados por esta nueva mirada. La mirada y la experiencia de las mujeres docentes se extiende desde lo experiencial a lo conceptual, son nuevas formas de vivir, de sentir y de pensar la educación, que no separan la vida y el pensamiento.

En la conferencia inaugural, Marina Subirats destacó que en su opinión es necesario llegar a un pacto social nuevo entre sexos para constituir los componentes del género femenino como elementos básicos de una identidad ciudadana global. Esto implica directamente al sistema educativo en el seno del cual se forman identidades de hombres y mujeres.

La socióloga Madeleine Arnot se refirió a las transformaciones que se han producido en la concepción de ciudadanía al incluir al sujeto femenino.

Desde la antropología, Dolores Juliano planteó cómo en el siglo XIX la ciencia se estructura a partir de un discurso no sólo androcéntrico, sino incluso misógino. No sólo el concepto de género es un constructo social, sino que también la ciencia implica una conceptualización de la verdad y de lo significativo, construida socialmente en un espacio

y un tiempo determinado. El objetivo desmitificador no puede ser otro que el de construir la ciencia a partir de la inclusión de la visión específica de otros actores sociales. Así, a medida que se redefine, el feminismo obliga a la redefinición del conjunto del pensamiento crítico.

Desde la perspectiva de la psicología, M. Moreno puso de relieve un ejemplo claro de redefinición del paradigma y de los métodos de investigación a partir de la constitución del sujeto femenino. Subrayó en sentido positivo las diferencias cualitativas que en la construcción de modelos mentales, en relación al pensamiento moral, elaboran las niñas

Nuria Solsona, resaltó que: «El modelo de ciencia mayoritario en el profesorado está dominado por una visión androcéntrica, en dónde el hombre es el controlador de la naturaleza mediante la ciencia, por el principio de cuantificación de fenómenos y una fe positivista en la ciencia». Lo que hace más difícil pensar y cambiar la realidad educativa en la clase de ciencias, sigue diciendo Nuria, es el no tener un saber científico construido que incluya la realidad y el saber de las mujeres, de la misma manera que la ciencia no incluye el saber de otras culturas.

Bea Porqueras puso el acento en la dificultad de articular saberes y realidades. De una forma muy viva aportó su propio testimonio para ilustrar las dificultades que, a veces, tenemos algunas para desembarazarnos del modelo patriarcal y construir nuevos referentes que partan de nosotras mismas. A pesar de las dificultades, Bea resaltó el valor de las relaciones entre mujeres, la riqueza de saberes y de amistades como una fuente de valor importantísimo tanto en su biografía como en la de otras mujeres.

Ita Alabat hizo hincapié en la necesidad de un salto cualitativo en los planteamientos y en las prácticas coeducativas. Abrumadas por las exigencias externas, como actualmente ocurre con la Reforma, las docentes postergan sus deseos, deseos que según su punto de

vista muchas veces superan la visión de la igualdad o de las prácticas discriminatorias con una mirada más global y profunda de los cambios.

En este sentido se vislumbra que los cambios van en la dirección de un viaje interno en el que la propia docente, partiendo de sí misma y de sus deseos, se implica en el proceso. ¿Qué cambios personales sugieren estos deseos?

La mesa titulada «**La autoridad femenina en educación**» en la que intervinieron Nuria Pérez de Lara y Milagros Rivera nos hizo llegar algunos mensajes en relación a estos interrogantes.

Nuria inició su intervención manifestando la presencia de las mujeres en educación como una realidad positiva más allá del logro de la igualdad de acceso al mundo de la cultura. Esta incorporación es una muestra del gusto de las mujeres por determinadas tareas socializadoras, de atención y cuidado de otras y otros.

«La afirmación de las mujeres en determinadas dedicaciones mejor que en otras es sencillamente una muestra de los valores que defendemos desde nuestra diferencia: el valor de la relación, el valor de la mediación y el valor de la afirmación de sí a través de la afirmación de los otros; en este caso a través de la afirmación de las nuevas generaciones introduciéndolas en la vida del pensamiento y de la palabra, en la vida del conocimiento y de la experiencia de la cultura.»

La abundancia de estudios, siguiendo esta intervención, pone de manifiesto que el éxito escolar y académico de las alumnas o el interés que muestran las maestras y profesoras por la relación docente, por el bienestar del alumnado y por aspectos socializadores de su profesión nos hablan de diferencia femenina en positivo.

Milagros Rivera describió un camino recorrido por muchas de nosotras. Partiendo de un referente masculino rechazábamos la autoridad como equivalente a poder, lo cual significaba una cesión

de simbólico por parte de las mujeres a los hombres, y de usurpación de simbólico a la madre por parte del patriarcado; sin embargo, esta cesión no fue completa, de forma que la inquietud en relación a la autoridad no desapareció del todo de la política y del pensamiento feministas. Ella señala que la salida de este círculo vicioso la encontraron a finales de los años 80 Lia Cigarini y las filósofas del grupo Diótima, de la Universidad de Verona. La autoridad femenina es definida como figura de intercambio, es una cualidad simbólica de las relaciones, no se «encarna» en ninguna mujer sino que existe en cuanto que circula; «la autoridad» es reconocible en el incremento que da a las relaciones mediadoras. La autoridad se reconoce y se deja reconocer, es una relación que se enlaza y se desenlaza, está hecha para circular no para establecerse.

Anna Maria Piussi retomó estas ideas para hablarnos de la «práctica de partir de sí», que apuesta por la escuela como lugar central de relación y de intercambio social entre generaciones y entre diversas diferencias, que deja de separarlas y que se vive en el corazón de la sociedad activando y reactivando deseos personales, la asunción de responsabilidades, de riesgo y de autoridad a partir de sí... El saber que nace de la propia escuela, de la práctica educativa cotidiana, es un saber principalmente femenino que surge y se comunica y al que se le reconoce dignidad científica, a través de la toma de conciencia del «saber que se sabe...»

Con el audiovisual del Drac Màgic, que puso de relieve el tratamiento de la función docente en el cine, finalizaron las Jornadas.

Nuestro viaje concluyó con el sentimiento compartido de que existe hoy libertad femenina en la educación manifestada en espacios en los que cristalizan nuevas prácticas. Prácticas en las que la experiencia tiene un valor, las relaciones en las aulas van más allá de los problemas tradicionales de disciplina para establecer nuevas formas de diálogo, el crecimiento personal es más importante que el rendimiento o la evaluación; en definitiva, prácticas en las que el eje es educar, no instruir. Y en las que, como dice el título de las

Jornadas, «el femení» se transforma en un «mirall de l'escola»

Miren Izarra,
Asunción López Carretero y
Ana Mañeru Méndez